

Año LXXVIII

MARZO DE 1935

Núm. 4

BOLETÍN OFICIAL

DEL

OBISPADO DE CORDOBA



SUMARIO

Carta Pastoral del Excmo. Sr. Obispo con motivo del santo tiempo de Cuaresma. - Disposiciones para la Santa Cuaresma y cumplimiento pascual.

CÓRDOBA

IMP. «EL DEFENSOR», AMBROSIO MORALES, 6

Miércoles 6 de Marzo de 1935

AÑO LXXVIII



NÚM. IV

Boletín Oficial Eclesiástico

DEL

OBISPADO DE CÓRDOBA

Nos el Dr. D. Adolfo Pérez Muñoz,

POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTÓLICA,
OBISPO DE CÓRDOBA, PRELADO DOMÉSTICO DE SU SANTIDAD,
CABALLERO GRAN CRUZ DE LA REAL Y DISTINGUIDA ORDEN
DE ISABEL LA CATÓLICA Y DE LA CIVIL DE BENEFICENCIA, ETCÉ-
TERA, ETCÉTERA.

Al Excmo. Sr. Deán y Cabildo

de nuestra Santa Iglesia Catedral,
al venerable Clero y Comunidades Religiosas
y a los fieles todos de esta Diócesis,

SALUD Y PAZ EN NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

*In quo habemus redemptionem per
sanguinem ejus.*

En quien por su sangre logramos
la redención. (Ef. 1, 7.)

VENERABLES HERMANOS Y AMADOS HIJOS:

Cuando preparábamos una gran Cruzada misional
en nuestra Diócesis que removiera los espíritus de los

fieles, disponiéndoles a sacar mayor y mejor provecho de las fuentes divinas de gracias que represadas, por así decirlo, en la ciudad santa de Roma todo el año pasado, inundan ahora, cual torrente caudaloso de misericordias, el orbe católico, llega a nuestras manos el magnífico, documento que a continuación insertamos, del egregio Representante del Romano Pontífice en España:

«Excelentísimo Señor Obispo de Córdoba.

Excelentísimo Señor y querido Hermano:

Bien conocido es de V. E. el hermoso y consolador espectáculo que ha ofrecido la Ciudad Eterna durante el año próximo pasado, jubilar de nuestra redención, con el continuo desfile de peregrinos, en número nunca igualado, que han acudido al solar del Padre común de los fieles, a lucrar las gracias extraordinarias del Jubileo máximo y a testimoniar su adhesión a la Cátedra de Pedro; y sin duda alguna ha sido motivo de gran consuelo para el corazón de V. E., como lo ha sido para el mío y para el del Santo Padre, el gran número de católicos españoles que en medio de las aflicciones y dificultades de la hora presente, se ha sumado fervorosamente a esa universal manifestación de fe, de espíritu de penitencia y de amor a la Iglesia y al Vicario de Cristo en la tierra.

Como complemento de ese éxito sin precedentes, alcanzado por el Santo Jubileo en Roma, y de la notabilísima participación en él de los Católicos españoles,

sería ahora muy de desear que la extensión de ese Jubileo máximo a todo el orbe, benignamente concedida por Su Santidad, alcanzase en todo el mundo y muy especialmente en España las proporciones y el éxito que corresponden a los riquísimos tesoros de gracias celestiales que contiene, a los altísimos fines e intenciones asignados al mismo por el Vicario de Jesucristo, y a los deseos por El expresados en sus Letras Apostólicas «Quod superiori anno» al exhortar «a los ministros eclesiásticos y en primer lugar a los Reverendísimos Obispos para que, por medio de sermones oportunos dirigidos al pueblo, por los llamados ejercicios espirituales y por otras sagradas actuaciones preparasen a los fieles a ganar rectamente el beneficio de esta indulgencia plenaria, y a rogar a Dios por esas Sus intenciones».

De cuánta ejemplaridad sea para todos el espectáculo de tales manifestaciones de piedad y de fe si revisten carácter público y colectivo, allí donde las circunstancias y la humana prudencia lo aconsejen y permitan y en la medida y proporciones en que lo permitan, es cosa que no necesita amplios esclarecimientos. Por eso y porque entramos ya en el año en que toca próximamente a sus postrimerías el referido jubileo, como también porque tendrá que servir de sumo gozo al Santo Padre el saber que esta católica nación de España no va a la zaga de otros países en aprovecharse de sus excepcionales gracias, como no lo fué en orga-

nizar sus numerosas peregrinaciones, yo me permito hacer presentes a V. E. estos anhelos de Su Santidad, rogándole que, por los medios que le sugieran su probada solicitud y su tan conocido celo, promueva en sus amados fieles el deseo de ganar los riquísimos tesoros de gracias que al Jubileo van anejos, y de implorar la protección del cielo para todas las intenciones del Santo Padre, organizando al efecto aquellos actos que V. E., pleno conocedor de las circunstancias de lugar y tiempo, estime más conducentes a los indicados fines.

Con esta ocasión me complazco en reiterarme con sentimientos de alta estima y aprecio

de Vuestra Excelencia Reverendísima

a. y s. s. y a. h.

† *Federico, A. de Lepanto,*

N. A.»

Tiene razón el Rdmó. Sr. Nuncio. España, por sus orígenes, su tradición, su recia contextura católica, su misión providencial en la Historia, no sólo no debe ir a la zaga, sino que está obligada a dar la nota vibrante en este universal concierto de los países cristianos a Jesucristo Redentor. Y, con mayor motivo aún y más legítimo orgullo, si cabe, podríamos Nos añadir: Córdoba, la Diócesis privilegiada a quien cupo la gloria, cuando la herejía arriana vino a atacar este dogma central del cristianismo, de redactar por boca de su preclaro y santo Obispo Osio, presidente en el Con-

cilio de Nicea, el símbolo que viene repitiendo la cristiandad entera como un canto de fé, de esperanza y de amor, según ampliamente expusimos en nuestra Carta Pastoral «Osio», es preciso, decimos, que nuestra amadísima Diócesis de Córdoba responda con el alma y la vida a este llamamiento divino, demostrando, a la faz del mundo cristiano, que la sangre de sus gloriosos mártires circula todavía por sus venas, que no se ha extinguido la raza de sus santos, ni se han dilapidado los ricos caudales de virtudes que atesoró siempre su espíritu y que sigue siendo firme baluarte y defensa heroica de la fé.

Nuestro Santísimo Padre el Papa Pío XI, el de las santas oportunidades, que ha sabido señalar en cada momento de su glorioso Pontificado los medios más conducentes a la intensificación de la vida cristiana, quiere que en estos días de inquietantes perturbaciones, de luchas sociales, de rencores y odios fratricidas, de profusión de gravísimos errores contra el dogma y la moral, se oiga la voz de la verdad que fluye de los labios de Jesús moribundo y se escuchen los ecos de aquel Corazón divino que vertió las últimas gotas de sangre, al ser atravesado por la lanza, para manifestar su infinito amor a la Humanidad y hacer copiosa y fecunda su redención.

«Movidos, dice Su Santidad (Bula *quod nuper*), por recuerdo tan feliz, Nos anhelamos y esperamos que se aparten los hombres de las cosas terrenas y pa-

sajeras que hoy en día tan acerbamente oprimen sus corazones, y que fijen sus ojos en las eternas y celestiales, que eleven sus almas por encima de las condiciones trabajosas y abrumadoras de estos tiempos hasta la esperanza consoladora de la felicidad perpétua a que Cristo nuestro Señor nos llamó derramando su sangre y concediéndonos todo linaje de beneficios. Apártense los hombres del tumulto de la vida cotidiana y recójanse interiormente y reflexionen en sus corazones cuánto nos ha amado nuestro Salvador y con qué tierna solicitud nos libertó de la servidumbre del pecado. Así, de seguro, prenderán en ellos las llamas de encendida caridad y amarán en retorno y justa correspondencia a Aquel que tanto nos ha amado.»

Aquí tenéis, V. H. y a. h., delineado en breves trazos, el móvil que nos impulsa a dirigiros la presente Pastoral, a fin de preparar vuestros ánimos para celebrar con todo fervor y entusiasmo el acontecimiento más culminante y trascendental de la Historia: la Redención del género humano por nuestro Señor Jesucristo.

*
* *

Y, ¿de qué nos redimió? El error de los pueblos modernos, como el del antiguo pueblo judío, es no ver en el Mesías más que un redentor puramente humano, sin otra misión que la de proporcionarnos la felicidad de esta vida temporal. Los pseudo intelectuales, los

soñadores y revolucionarios de hoy día, se imaginan que Jesús ha debido liberar al mundo de la pobreza, del dolor, de las miserias de la vida y de la muerte, y le acusan de no haber cumplido su cometido y se proponen, en su orgullo, acabar con la obra divina de Cristo, para ellos ininteligible e ineficaz.

Poseídos, más que de verdadera incredulidad, de pesimismo incomprensible, se encaran con Jesucristo Crucificado y le preguntan con acento de lastimera desesperación: ¿De qué nos has redimido? ¿Del dolor? y ¿cómo es que seguimos sufriendo?... ¿del pecado? y ¿cómo es que todavía pecamos?... ¿de la muerte? y ¿cómo es que continuamos muriendo?

¡Qué desdichada ilusión!, ¡qué lamentable error!, como si las dolencias de esta efímera vida valieran la pena de que todo un Dios sufriera tan cruel agonía para suprimirlas!

Estos desgraciados incrédulos, trastornada su cabeza por la obsesión de las grandes penas de la humanidad, no aciertan a comprender la verdad misteriosa y divina, pero evidente a los ojos de la inmensa mayoría de los hombres que han leído u oído leer el Evangelio de la «Buena Nueva»: la expiación divina del pecado, o sea la certeza del perdón otorgado por la misericordia de Dios y la reconciliación del hombre con su Creador; la eficacia expiatoria del dolor y su sentido profundo de perfección y santidad rehabilitadoras; la esperanza, o mejor dicho, la seguridad de la resu-

rrección en la vida futura: tal es la obra excelsa, sobrenatural y divina de la Redención del Hombre Dios.

Por El, por su pasión y muerte, confiamos en que nos son perdonados nuestros pecados; es verdad que por la malicia del hombre se perpetúa el pecado, mas la bondad de Dios perpetúa también el sacrificio y la expiación: *cargó con nuestros dolores* que, por los suyos, se truecan en merecimientos de eterna alegría.

Por El, por su pasión y muerte, el sufrimiento nos hace más puros, más grandes, más dignos de una gloriosa y triunfadora inmortalidad. ¡Qué gran libro abierto de sublime y salvadora glorificación y divinización del dolor es Cristo con los brazos extendidos sobre la Cruz!

Por El, por su pasión y muerte, triunfamos gloriosamente sobre la muerte, que no es para nosotros límite, ni punto final de nuestra conciencia, ni término fatal de una existencia miserable, sino que es el principio de una inmortal y gloriosa resurrección, la aurora de un nuevo y eterno día, la ascensión a la elevada cumbre de la vida, desde donde se avizara ya cercana la tierra prometida, el anuncio de una felicidad incomparable. *Qui credit in me, etiam si mortuus fuerit, vivet*, el que crea en Mí, aunque hubiese muerto, vivirá. ¡Bendito sea Jesús!—exclama en esa hora suprema la hija de un impío muy conocido—. ¡Bendito sea Jesús que ha hecho fulgir sobre las tumbas la luz de la esperanza!

Para que la Humanidad pueda olvidar esta triple redención, sería preciso destruir no sólo la «civilización» y acabar con las artes que la han grabado en sus monumentos y obras maestras, y con la Iglesia que es su eterno heraldo en la tierra, sino con el hombre mismo, en cuyo corazón está indeleblemente esculpida la divina efigie del Redentor; sería preciso arrancar del alma humana los supremos ideales de justicia y santidad representados en su divina persona y escritos para siempre, acaso con más persistencia, en el corazón del hombre que el mismo Evangelio del Divino Maestro.

*
* *

Porque es un hecho universalmente reconocido, V. H. y a. h., que, a partir de la prevaricación de nuestros primeros padres, desde aquel aciago y lúgubre día en que, encorvados bajo el peso de la maldición divina, abandonan el Edén, con el pie lleno de temblor, el corazón de tristeza, los ojos turbios y oscurecidos con las lágrimas y la conciencia lacerada por el remordimiento; en todas partes, bajo todos los climas, el hombre se siente culpable; en su afán de aplacar la ira de Dios no se contenta con los sacrificios pacíficos del estado de inocencia; impaciente de expiación y reconciliación busca en los sacrificios sangrientos una víctima capaz de realizarla.

Desde entonces, estas inmolaciones se suceden sin

interrupción sobre el altar de los pueblos. A medida que se asciende en el estudio de la Historia, no se ven sino dramas religiosos y cruentos, víctimas inocentes sacrificadas por un gran culpable; el hombre lleva por doquier esta necesidad y este medio de expiación; se reconoce criminal, derrama sangre y la derrama copiosísimamente cual si no fuese dueño de parar su mano, bañándose en ella la víctima y el altar, el sacerdote y el pueblo y hasta el libro de la ley queda salpicado. Multiplíquense, bajo el cuchillo sacerdotal, las hecatombes, y no satisfecho el hombre con la sangre de los animales, acude a la sangre humana para pagar su rescate y por todas partes y en todos los pueblos dispersos por el planeta—sin excluir las más brillantes naciones—vióse al hombre arrastrando al hombre al altar y buscar en sus venas esa gota de sangre purificadora de que necesitaba el mundo. Ved como sobre el fondo de la naturaleza humana se dibuja el dogma de la Redención.

Pero, por más que se multiplican las víctimas, la reconciliación no se obra; Dios nuestro Señor continúa irritado; el cielo no se acerca a la tierra. Y la razón es, porque entre Dios y la criatura, entre el ser infinito y el ser finito hay una distancia también infinita, de la que toma su infinitud la malicia del pecado según el axioma tan sabido de que «la gravedad de la injuria se mide por la dignidad del ofendido». Y, ¿qué valor pueden tener, para satisfacer a un Dios airado y puri-

ficar la mancha de una culpa infinita por su malicia, los sacrificios todos de las criaturas? Ninguno.

Reunid—ha dicho un gran teólogo español—sobre un inmenso altar ese acervo de apilados restos de tantas víctimas sacrificadas por el hombre en expiación de su pecado; derramad sobre él todas las lágrimas vertidas por el dolor y por el infortunio y todas las gotas de sangre que brotaron de los cuerpos venerandos de los mártires, para que se evaporen en una gigantesca y universal oración. ¿Habríamos dado satisfacción completa al Ser infinito? Esa gran pirámide de sacrificios no sería más que un átomo imperceptible que necesitaría del aliento divino para no desaparecer entre las tinieblas de la nada. El abismo resultaría siendo igual, la distancia inmensa, infinita. Recibir Dios la satisfacción de una mera criatura, por más excelente que la esponja, sería tenerla en algo con relación a El, cosa que no puede hacer Dios sin desmentir su infinitud, sin negarse a Sí mismo.

No pudiendo, pues, lo finito llegar hasta lo infinito, fué menester que lo infinito bajase hasta lo finito. Y Dios, que desde toda la eternidad miraba con ojos de inmensa ternura al hombre, se resolvió a salvar ese abismo en la persona de su Divino Hijo.

Y un día, en el centro de los siglos, el Verbo de Dios, desde el cielo donde habita, desciende como por una escala de amores, hacia su criatura predilecta para sustituirle en su ofrenda y al propio tiempo inspi-

rarle plena confianza, oculta los resplandores de su divinidad en la envoltura de polvo de la naturaleza humana. *Et quod vidimus oculis nostris*—ha podido exclamar el hombre representado por el discípulo amado, después de reclinar la cabeza sobre su pecho y escuchar los latidos del corazón de un Dios—, *quod perspeximus, et manus nostrae cōtrectaverunt de Verbo vitae*: le hemos visto con nuestros propios ojos, le hemos sentido con nuestros propios oídos, le hemos tocado con nuestras propias manos; le hemos visto nacer pobre en Belén, vivir desterrado en Egipto, sufrir en Nazaret las estrecheces del obrero, ganando con las gotas de sudor que caen de su sonrosado rostro, el pan que ha de llevar a la boca; le hemos visto cruzar los caminos de la vida haciendo el bien, *pertransit benefaciendo*, ya que sus manos sólo supieron bendecir y sus labios sólo se entreabrieron para consolar. Y el sol resplandecía sobre su cabeza cuando iba por los campos de Galilea y la Judea repartiendo beneficios; y las estrellas le han alumbrado con brillantes resplandores cuando pasaba las noches en oración; y los vientos han acariciado su augusta faz; y las colinas y valles han escuchado su palabra que caía en los corazones de los hombres como fecundo rocío del cielo; le hemos visto regar la tierra con sus lágrimas y bañarla con sus sudores. Pero, sobre todo, le hemos visto avanzar camino de la muerte, encorvado bajo el peso de nuestras iniquidades, subir al Calvario, extender

sus brazos sobre el madero de la Cruz y adelantar el pecho para que la lanza parta el corazón, a fin de dar con los labios ensangrentados de la herida de su costado, un beso de amor a las almas y reconciliarlas para siempre con su Eterno Padre. *Holocaustomata pro peccato non tibi placuerunt. Tunc dixi: ecce venio.* Los holocaustos por la culpa no te han agradado y he dicho: héme aquí.

Con el sacrificio del Gólgota cesan todos los demás sacrificios, deja de correr la sangre y se aquietan las angustias de la Humanidad en busca de una víctima inocente.

No es que el género humano se haya desentendido de la obligación de satisfacer por sus culpas o haya dejado de creer en la necesidad de una víctima; por el contrario, ahora proclama, más alto que en la antigüedad, la necesidad de esta sangre expiadora. Pero no la ha menester, porque ya la tiene. Tórnase hacia la Cruz en donde murió Jesucristo y le llama su Redentor; acude a presenciar la eterna renovación de su sacrificio en la Santa Misa, recibe en sus labios su sangre divina y encuentra en ella el perdón de sus pecados y la fuente perenne de la regeneración y de la vida.

*
* *

El segundo efecto de la Redención es la transfiguración del dolor. El dolor es ley ineludible de la vida. A ello obedece la frase tan repetida de que nacemos

llorando y morimos llorando, uniéndose con las lágrimas de la cuna las de la agonía. No hay ser humano sin dolor. *Toda criatura gime*—dice el Apóstol—, *todos sus días están repletos de dolores*. El dolor nos sale al encuentro apenas venimos al mundo, nos acompaña a lo largo o breve del camino del vivir y nos despide, por fin, en los dinteles de la eternidad para transformarse en una felicidad eterna, o en un suplicio eterno también.

Mas el dolor para el ateo tiene el enigma de la esfinge, es algo que él encuentra injusto, incomprensible, indescifrable, y pregunta: ¿por qué padecemos? Si hay un Dios que es bueno, infinitamente bueno, ¿por qué consiente que el hombre sufra tanto: enfermedades, miseria, ingraticudes, injusticias...? Si el dolor es castigo, expiación, ¿por qué entonces no abrumaran esas penas sólo a los malos? Y, en presencia de estas mudos interrogantes, la blasfemia sube a sus labios y se enloquece su mente ante la atormentadora y obsesionante filosofía del dolor.

Y, sin embargo, Dios no es el autor del mal, ni lo quiere, ni puede quererlo, porque el mal es contrario a su divina naturaleza. Para el cristiano, el problema del dolor se esclarece por maravillosa manera, es secuela obligada—él lo sabe—del pecado original; entra en el mundo de contrabando, el hombre con su pecado forjó la cuchilla de sus dolores.

En el estado de inocencia, bajo las frondas del Pa-

raiso, era el amor el que conservaba puro su corazón, era el amor el que impulsaba sus pensamientos, sus tendencias y aspiraciones hacia la eternidad, era el amor el que prestaba alas a su naturaleza para remontar el vuelo hasta Dios. Pero la primera culpa quebró las alas divinas del espíritu, salpicándolas del lodo y del fango de todas las miserias de la tierra. Pudo Dios, Nuestro Señor, dejar que los hombres arrastraran por el mundo la carga de las torturas y sufrimientos como estigma del pecado y afrenta perpétua de prevaricación. No lo quiso; prefirió, llevado de su infinita misericordia, que en los yunques del dolor encontraran el remedio del desorden, el principio de su rehabilitación y el pedestal glorioso sobre el cual se destaquen en toda su grandeza hasta escalar las más esplendorosas cimas de la santidad.

Si el dolor solo gravitase sobre los malos, todo el mundo, por egoísmo, sería honrado, puro, bueno, creyente; todo el mundo practicaría la religión, la virtud, la santidad; todos seríamos buenos, no por deber, no por amor a Dios, sino por conveniencia inmediata y tangible. Las virtudes teologales, la religión no supondría, al domar las pasiones y contradecirlas, un mérito sobrehumano por su sublimidad y su grandeza, sino sencillamente una póliza de seguro contra las enfermedades, las ruinas, el desengaño, la ingratitude y las penas. Dios Nuestro Señor lo ha dispuesto de otro modo. Nos ha sometido a una ley común, a una prueba que

es la misma para todos. El dolor alcanza a los buenos, sí; quizás los prefiera a menudo, pero es con el fin de hacerles merecer todavía más, para hacer más espléndida y magnífica la recompensa que no ha de tener fin. Son los mártires del dolor los más compasivos, los más tiernos, los más indulgentes con la ajena flaqueza y los más prontos a socorrer el infortunio de sus prójimos y a enjugar las lágrimas de la desventura. ¡Qué contraste con los demasiado felices, con los que no han sufrido nunca, con esos corazones secos, duros, egoistas, que se estremecen cuando les hablan de sacrificios y huyen y cierran sus ojos y sus oídos para no saber de las desdichas extrañas y menos remediarlas o consolarlas!

Que ¿por qué sufrimos? ¡Ah! porque el sufrimiento nos hace más humildes, más puros, más grandes, más dignos de una gloriosa y triunfadora inmortalidad; porque hay un Dios y una ley de Dios y una necesidad de que el hombre venza por sus méritos expiando una claudicación, un abuso de su libertad, el combate silencioso, íntimo, sin término, entre el barro de nuestra naturaleza caída y el espíritu que columbra, que se siente imagen de la divinidad y llamado a una plenitud de dicha incalculable.

Toda la economía del cristianismo descansa sobre esta ley redentora del dolor. Jesucristo redimió al mundo encarnando en Sí, hasta cierto punto, el pecado y el dolor. *Eum pro nobis peccatum fecit;* fué el

hombre del dolor. El dolor tiene su estatua como la tiene el amor. Cristo en la cruz es la imagen divina del Amor dolorido. María a sus plantas es la imagen del Dolor amante. El amor llevó a Jesús a verter toda su sangre por los enemigos, y después que le hubo clavado en un madero es cuando realmente apareció ante los hombres como la encarnación viva del amor. El dolor hirió a la más amante de las madres y después que hubo traspasado su corazón con siete espadas, la dejó sola al pie de un Crucificado como la imagen viva del dolor. El cristianismo se ha arrodillado ante esa imagen levantada en la cumbre trágica del Gólgota para adorarla y bendecir en ella el dolor que redime y eleva. Horno y yunque del heroísmo, el dolor ha labrado los más recios caracteres de la Humanidad, el dolor es el sello bendito de los hijos de Dios.

*
* *

Es, por último, Cristo vencedor de la muerte. Cristo vino al mundo *para que tuviéramos vida*, y muriendo por nosotros nos hizo vivir.

La muerte es la paga que corresponde al pecado. *Por un hombre entró en este mundo el pecado y por el pecado la muerte*, ha dicho con soberana elocuencia el Apóstol San Pablo. Apenas nacemos comenzamos a morir; toda cuna—ha escrito un publicista eminente—está construida con tablas de ataúd. *Quotidie morior*; morimos cada día en nuestros gustos,

en nuestras ideas, en nuestros sentimientos, en nuestras ilusiones, en nuestro cuerpo que se va desmoronando a los golpes certeros del tiempo; rápida, como giro de luz, es la carrera que la vida sigue hasta perderse en la eternidad. *Velut umbra*—exclamaba con triste y gráfica frase Job—, *sombras que huyen llevadas por el viento huracanado son nuestros días. Nuestros años*, añade el Salmista, *son como tela de araña, algo flotante en el vacío*; y bien conocido es el melancólico pensamiento del cantor de las decadencias humanas: «Nuestras vidas son los ríos que van a dar en el mar que es el morir».

Nada hay en la vida que resista al poder soberano de la muerte. Sólo ella es grande entre las grandezas conocidas. ¡Tremenda majestad la majestad de la muerte! Ante ella toda fuerza se rinde, todo orgullo se abate, toda otra majestad en la tierra baja humilde su altiva cerviz. Lo que ayer era ruido, entusiasmo y alborozo, hoy es tributo de lágrimas, mañana hondo silencio, soledad y olvido. *Hic jacet. Aquí yace*, ha escrito sobre el polvo de todas las grandezas humanas.

Sólo sobre el sepulcro glorioso de Cristo Redentor se ha podido grabar, con caracteres de luz que jamás se han borrado, ni se podrán borrar, esta inscripción: *Surrexit, non est hic*. Ha resucitado, no está aquí. *¡O mors, ubi est victoria tua!* Oh muerte!, ¿dónde está tu victoria? El que parecía vencido, derrotado, anonadado en la oquedad del sepulcro, venció a la

muerte por su propia virtud y surgió triunfante para nunca más morir, mostrándonos el costado donde la lanza romana dejó al descubierto el corazón que ama a los que le odian.

Desde esa hora, la humanidad incorporada a Cristo, siente correr por sus venas nueva sangre vital, la sangre misma de Cristo que comunicando al hombre la vida y el ser de Cristo, le transforma en miembro del mismo cuerpo de Cristo, en organismo viviente cuya cabeza es Cristo y convierte su muerte en plenitud de vida. A partir de ese momento la muerte deja de ser para nosotros un enigma inquietador e indescifrable. La muerte no es temible, sino deseable, porque es el beso que el ángel de la victoria deposita sobre la frente sudorosa del buen católico militante; es un éxtasis de tránsito a la verdadera vida, es soltar las amarras de la carne que nos tiene prendidos a este mundo precario y fugitivo para bogar a velas desplegadas por el océano de la realidad y de la vida sustanciales y eternas. Desde entonces, todos los fieles podemos participar en nuestro tanto y en la medida de nuestra correspondencia a la gracia, de esta victoria de Jesucristo sobre la muerte, y, sean cuales fueren las circunstancias externas, si el amor y la gracia de Dios nos cierran los ojos, nuestra muerte será, en realidad de verdad, un plácido sueño, no solo por la suavidad que el Señor infunde en los suyos en aquellas horas supremas, sino porque más tarde, en el día esplendoroso de la resu-

rrección, nuestros despojos mortales, deshechos y pulverizados, se alzarán con sangre nueva y alientos juveniles al eco de la voz del Redentor.

*
* *

Con Jesucristo resucitaron además todos los valores de la vida. El Paganismo, personificación viva de la raza humana pecadora, apoyado en el brazo de hierro de los Césares, orgulloso con las especulaciones de sus sabios, que abarcaba todo y lo influía todo: el arte y la ciencia, la política y la vida, sintióse débil y sin fuerza, sucumbiendo ante el madero ensangrentado de la Cruz. Y lo de menos es que el Paganismo sucumbiera, pues en último resultado se fundaba en errores groseros; lo demás fué la resurrección moral con que el mundo pagano, pasmado de sí mismo, se levantó a nueva vida.

Infundir ideas grandes acerca de Dios y del hombre y del mundo en aquellas inteligencias atrofiadas por un burdo materialismo; tornar fecundos en la especulación de altísimos misterios aquellos entendimientos estériles en fuerza de engendrar delirios; hacer circular por aquellos espíritus helados, merced a un escepticismo mortal, una corriente de fe viva, fe virgen, sobrenatural, capaz de mover las montañas y superior a las torturas y a la muerte; hacer retoñar en aquellos corazones, secos por la sensualidad, esperanzas de una vida eterna y espiritual; dar a aquellos pechos en-

firmizos arrestos de héroe y ansias viriles del martirio; levantar, en medio de aquel hervidero de gusanos, legiones de ángeles con cuerpo de barro que abrazasen por esposa la pureza, y por ideal de toda la vida el sacrificio, y por corona de gloria afrentosísima muerte; proclamar la libertad humana cuando ensordecía los aires el ruido de millares de cadenas; coronar con realeza de hijos de Dios a quienes se negaba por vilipendio el derecho de ser hombres; romper la esclavitud de las almas más horrenda que la de los cuerpos; remozar, en una palabra, aquel cuerpo decrepito y podrido que exhalaba el hedor de una corrupción de cuatro mil años, infundiéndole un nuevo aliento de santidad, es lo más espléndido que realizó el imperio de la Cruz.

Después de diecinueve siglos el nombre de Cristo sigue siendo como un estandarte en torno del cual se concentra la Humanidad en bandos encontrados. Los hay que le atacan, le blasfeman, le maldicen; pero no faltan nunca quienes le aclaman, le adoran, le aman y hasta sacrifican sus bienes, renuncian a los placeres del mundo, abdican su voluntad personal y pierden la vida misma. Es forzoso reconocer que nuestra época ha hecho de Cristo el *unum necessarium* del pensamiento y del corazón.

Hoy, como nunca, el mundo necesita de Cristo porque está pasando por una crisis espantosa. Pese a sus afanes y tentativas, no encuentra fuera de Cristo más que oscuridad, desorden, el caos, la anarquía, la

desesperación, la nada, y habrá de convencerse que cuantos esfuerzos haga por salvar la sociedad, resultarán siempre inútiles e infecundos, mientras no vayan informados del espíritu de Jesús.

Para realizar esta esplendorosa resurrección en las almas, Jesús nos ha asociado estrechamente a su obra redentora. Pudo muy bien llevarla a cabo por Sí solo, pero fueron otros sus decretos: «Aquel que te ha creado sin tí—escribe el gran San Agustín—no te salvará sin tí». Por asociados nos ha escogido a cada uno de los cristianos: *Yo soy la vida y vosotros los sarmientos*. San Pablo, explicando a los primeros fieles su dignidad sobreeminente por el hecho de haber sido llamados a compartir la vida del Hijo de Dios, les decía: La misma vida, la vida del Padre, fiuye en Jesús y en vosotros; en Jesús, por naturaleza, es la cabeza, es el Jefe; en vosotros, por adopción, sois miembros que disfrutais de la vida de la Cabeza y del Jefe, os ha hecho divinos.

Jesucristo comunica a todos los miembros de su cuerpo místico su influencia vivificadora, les suministra las energías espirituales y la plenitud de la vida divina. Pero, a su vez, Cristo recibe de ellos cierto complemento. No es que no esté pleno de divinidad y de Espíritu Santo, sino que por el hecho de querer formar con los fieles un solo cuerpo, necesita de ellos para la integridad de este místico organismo. *La Iglesia—dice el Apóstol—es el cuerpo y la plenitud de*

Cristo, quien recibe de ella su complemento definitivo y universal.

¡Cuán honda y viva era la satisfacción que experimentaba San Pablo, al contribuir con sus fatigas apostólicas a proporcionar al Divino Redentor esta especie de integridad suplementaria, que El en su dignación quiso recibir de nosotros. *Ahora me gozo en mis padecimientos por vosotros y completo lo que falta de las tribulaciones de Cristo, en mi carne, por su cuerpo que es la Iglesia.*

Y Pablo toma gozoso sobre sí el ministerio que Dios le ha confiado y trabaja, se cansa, lucha para que todos lleguen al conocimiento de Cristo.

Es, pues, de todo punto necesario, V. H. y a. h., colaborar con Cristo en la magna empresa de la implantación de su reinado en la sociedad. *Labora sicut miles Christi Jesu.* Trabaja, lucha como soldado valeroso de Jesucristo, era el llamamiento del infatigable Apóstol de las gentes a su discípulo predilecto Timoteo. Y en otro lugar: *Pelea valerosamente por la fe.* Y, cuatro siglos más tarde, otro esforzado soldado de Jesucristo, San Juan Crisóstomo, exponía esta ley del cristianismo con singular elocuencia: «¡Oh cristiano! muestra tu valor y tu fortaleza y pelea con denuedo. Acuérdate del compromiso que has contraído y de la milicia en la que estás alistado».

Hay, pues, que luchar para llenar las almas del espíritu y del amor de Jesús crucificado. La redención

no se efectúa sino por la voluntad del Salvador primero y de todos los cristianos después.

A este fin, el Divino Redentor ha creado un ejército, cuya organización, en su simplicidad divinamente sublime y hermosa, es la *Jerarquía católica*, que se extiende por el universo con sus tres grados de *pastores*, de *Obispos*, y de *Pontífices*. Y a las órdenes de este triple cuerpo de autoridad que manda, marcha con todos sus grupos la gran masa de soldados que obedecen.

Este ejército tiene su bandera que, sirviéndole de guía, abre marcha a todos los valientes y abnegados que la siguen. Es el estandarte de la Cruz, bandera de sacrificio que ostenta vestigios de la sangre del Inmolado divino, desplegándose y ondeando gloriosamente por todo el mundo.

Tiene, además, su armadura, la armadura que describe admirablemente San Pablo a los fieles de Efeso al darles el santo y seña del combate contra los enemigos de Cristo: *Estad soldados—les dice—a pie firme, ceñidos vuestros lomos con el cingulo de la verdad y armados de la coraza de la justicia. Calzad vuestros pies a fin de preparar por medio de la guerra los caminos de la paz. Y después embrazad en todos los encuentros el broquel de la fe con que podais apagar todos los dardos envenenados del maligno espíritu. Tomad también el yelmo de la salud y mientras sosteneis con vuestro brazo iz-*

quierdo el escudo de la fe, empuñad con vuestra derecha la espada del espíritu que no es otra cosa que la palabra de Dios. Y en la segunda carta a los fieles de Corinto continúa arengándoles: Y así, pertrechados de todas estas fuerzas, armados con la verdad y con la fortaleza misma de Dios, combatid a diestra y a siniestra, marchad en medio de honras y de deshonoras, con infamia y con buena fama y en todas partes triunfad de vuestros enemigos con las armas de la justicia.

Pues bien, V. H. y a. h., todos los que somos cristianos, sacerdotes y laicos, hombres y mujeres, ricos y pobres, sabios e ignorantes, nobles y plebeyos, súbditos y gobernantes, todos somos soldados ofrecidos a Cristo Redentor y, a fuer de tales, estamos obligados a ocupar nuestro puesto, por humilde que sea, y conducirnos en él con nuestras armas, nuestra abnegación y en caso de necesidad con el sacrificio mismo de la vida. Las batallas no las ganan solo los Jefes, sino también los soldados. Nosotros los *pastores*, los Obispos y los Pontífices, somos los centinelas, las avanzadas, los directores, pero la batalla la tiene que dar el grueso del ejército, esto es, el apostolado laico de la Acción Católica.

Y, de modo especial, en estos tiempos en que parecen tener exacto cumplimiento las proféticas palabras del salmo segundo: *¿Por qué se amotinan las gentes y los pueblos formaron designios de vanidad? Se levantaron los reyes de la tierra y los*

poderosos se juntaron entre sí contra Dios y contra su Cristo diciendo: Rompamos y echemos de nosotros sus ligaduras Sí, los pueblos modernos, azuzados por las clases directoras, en inmenso y revuelto motín semejante al de los judíos ante el Pretorio, repiten la blasfemia deicida: *Nolumus hunc regnare super nos*, no queremos que este reine sobre nosotros; y entronizan en su lugar a la humanidad bestializada enarbolando la bandera monstruosa del *laicismo*. De ese laicismo que significa el descuaje violento de todos los principios depositados por el cristianismo en las entrañas de nuestra civilización; el retroceso de veinte siglos hacia el mundo pagano, pudridero de infames concupiscencias que para siempre había soterrado la Cruz; el triunfo de la prensa impía corrompida y corruptora; la disolución de la familia; el abismo de odios entre ricos y pobres; la lucha sin tregua entre el despotismo y la demagogia; la cruel degollación de tantas almas tiernas e infantiles al matar en ellas todo germen espiritualista, con una educación materialista y anticristiana; la aparición de esas sectas nefandas de *ateos militantes*, que se llaman asímismos, con una denominación blasfema, los «Sin Dios», y cuya exclusiva finalidad es arrancar la noción misma de Dios del corazón y de la mente de los hombres. ¡Sombria perspectiva la de nuestra sociedad! Diríase que corre alocada hacia el caos, cual si le urgiera desquiciarse por completo.

*
* *

Y para batir en brecha a los enemigos de Cristo, para revalorizar los intereses de la Cruz en todos los aspectos de la vida, el clero católico, el abnegado clero católico, es enteramente desproporcionado en número a la magnitud de la empresa. Faltan Apóstoles. Y acude a nuestra mente aquel vaticinio del Profeta Amós: *He aquí que vendrán días en que Yo enviaré hambre y sed sobre la tierra, no hambre y sed de agua, sino de la palabra de Dios... e irán por todas partes buscando esa palabra de Dios y no la encontrarán.* Faltan Apóstoles. *La mies es mucha y pocos los operarios.*

Hed aquí, V. H. y a. h., por qué nuestro Santo Padre Pío XI recomienda sin cesar y urge con apremiantes frases la necesidad de que todos los católicos se alistén bajo las banderas de la «Acción Católica», que con tanto interés y marcado empeño os venimos recomendando. «Es manifiesto—escribía el Eminentísimo Cardenal Bertrán—que la Acción Católica merece todo favor y apoyo, no solo de los Obispos y Sacerdotes, los cuales bien saben es ella como la niña de nuestros ojos, sino de los Jefes y Magistrados del Estado». «La Acción Católica—decía a los Cardenales en solemne ocasión—es absolutamente necesaria y se ha de contar entre los principales deberes del oficio pastoral y de la vida cristiana».

Y ¡cómo se dilata el corazón y se abre el pecho a la esperanza al contemplar esas falanges de Señoras y

Caballeros y de juventudes de uno y otro sexo, que van surgiendo cada día en los distintos puntos de nuestra amada Diócesis para incorporarse, pletóricas de entusiasmo, a los cuadros de honor de la «Acción Católica»! Son de ayer y ya llenan las principales poblaciones del Obispado y avanzan compactas, perfectamente disciplinadas, a la conquista de las almas para Cristo, desplegando prodigiosamente sus actividades en todas las órbitas del Apostolado.

Y muy especialmente en nuestra Capital diocesana. ¡Qué espléndida floración de energías espirituales y religiosas y qué eflorescencia tan magnífica de vida cristiana!

Las juventudes, conscientes de su misión y responsabilidad, se capacitan en el estudio con Círculos y Bibliotecas, y en la piedad con retiro mensual, Ejercicios espirituales, canto litúrgico y asistencia corporativa a la Misa Mayor, todo cuanto pueda serles útil para la formidable empresa que les aguarda, y se mueven y agitan, cual bulliciosa enjambre, en actos de propaganda, llevando hasta el último rincón de la Diócesis el contagio de su fe y de su celo.

Los caballeros templan los aceros de su espíritu y caldean sus corazones en el retiro mensual y en los Ejercicios anuales, prontos siempre a confesar a Jesucristo a faz descubierta; laboran con ahinco por inocular, en esta sociedad enfermiza y decrepita, inyecciones de entereza de carácter y virilidad cristiana, reme-

diando, juntamente con las Señoras, no pocas necesidades materiales, en este crudísimo invierno, a costa de sus valiosas aportaciones y sacrificios. Tienen juntas parroquiales en la capital y en varios pueblos de la Diócesis, con retiro y asamblea mensual aquí en Córdoba, circulando por todas las parroquias. Han creado, además de escuelas de niños, varias nocturnas de adultos y cooperan con edificante ejemplo a los viáticos y otros actos de culto.

Es igualmente digna de especial mención y de bien ganada alabanza la actuación de las Señoras y juventud femenina, tomando parte en los cursillos de orientación y en la piedad con numerosas Comuniones, retiro y organización de la vela ante el Santísimo en las Cuarenta Horas en la parroquia o en las iglesias de la misma. En la parte cultural llevan creadas diez escuelas nocturnas de obreras con numerosa asistencia y proyecto de otras más en las parroquias que aún no la tienen, especialmente en los barrios obreros. Todo esto sin perjuicio de su asidua asistencia a las catequesis parroquiales. De obras de apostolado, las juntas parroquiales han nombrado por cada calle de la feligresía una o dos Señoras, que se interesan por el bien espiritual y material de los vecinos de la misma. Merced a esta actuación se ha conseguido bautizar a bastantes chicos y algunos mayores, legitimar canónicamente varias uniones, proporcionar escuelas católicas a muchos niños que no asistían a ninguna, fomentar la

concurrancia a los catecismos parroquiales, promover la asistencia a la santa Misa y a la recepción de los Sacramentos a muchas personas descuidadas, y esto especialmente a los moribundos. Presta asimismo protección a las jóvenes que se encuentran en peligro y crean roperos para socorrer a los pobres.

Prepara varios actos—de propaganda especialmente—la juventud femenina y ya se ha visto de lo que es capaz, a juzgar por la magna Asamblea que, con motivo de la venida de la Presidenta Nacional ha celebrado en el Gran Teatro y cuya reseña todos conocéis por la prensa.

No podemos ocultar tampoco la inmensa consolación que nos ha producido las tres solemnidades religiosas celebradas con todo esplendor y magnificencia por las cuatro ramas en la Santa Iglesia Catedral y en la del Salvador.

Y como recio propulsor de este hermoso resurgir, como célula vital de este gran movimiento, como alma y vida de este Apostolado, aparecen en primer término nuestros dilectísimos cooperadores, los beneméritos párrocos, que son indiscutiblemente los conductores auténticos de estos apostólicos escuadrones y los forjadores de estas legiones de expertos obreros y valerosos atletas de Cristo.

Más, por bello que sea este panorama, habréis de reconocer conmigo, V. H. y a. h., que estamos en los comienzos de la siembra. Son numerosos los católicos

que permanecen todavía mano sobre mano; son muchos los que por egoísmo, cobardía e indiferencia, no acaban de persuadirse de la necesidad urgentísima de colaborar en esta magna empresa de recristianización de la sociedad. Y, lo que es más de lamentar, son innumerables las almas que por prejuicios infundados o inveterada costumbre, viven alejadas de Cristo, y no pocos los que no le aman, sin duda porque no le conocen más que a través de las calumnias de sus enemigos, que le presentan ante las masas proletarias como una pantalla de los explotadores. Y a todos es menester hacer llegar el divino mensaje de verdad, de justicia, de amor y de salvación a Cristo Redentor.

Para ello nada más adecuado y eficaz que la celebración de este Jubileo de la Redención de Nuestro Señor Jesucristo. Así como en el Antiguo Testamento el Jubileo era para el pueblo de Dios tiempo de alegría, tiempo de gracia, durante el cual los cautivos y esclavos recobraban su libertad tornando de nuevo a su antigua familia, y los pobres recuperaban sus bienes y posesiones cedidas tal vez en momentos de angustiosa penuria, y los cargados de deudas lograban gratuitamente cancelarlas; con mayor motivo aún, el Jubileo es para los cristianos año fecundísimo en bienes espirituales, en abundantes gracias y extraordinarias carismas; año de perdón y reconciliación con Dios. La Iglesia abre de par en par los tesoros de sus gracias, y la sangre purificante del Cordero inmaculado

bañará de nuevo, cubriéndolas con el manto de púrpura de la filiación divina, las almas que, arrepentidas de sus culpas, anhelan grabar en sí la imagen de Cristo como señal de predestinación, conforme a aquel decreto divinamente promulgado por San Pablo: *Es voluntad de Dios que los predestinados a su gloria se asemejen de todo en todo a su Divino Hijo.*

¡Ojalá que estas gracias jubilares descendan como lluvia benéfica sobre el campo yermo y estéril que la indiferencia y el vicio cubrieron de maleza y lo tornen en vergel fecundo y frondoso en que descansa complacida la mirada del celestial Sembrador.

Para que este hermoso sueño sea una consoladora realidad, confiamos en el bien probado celo de nuestros queridos Párrocos y demás Sacerdotes encargados de la cura de almas. Vuestra discreción y laboriosidad, y sobre todo el auxilio divino impetrado con fervor, os sugerirá los medios y procedimientos más oportunos. Dios lo quiere y vuestro Prelado os pide, con el mayor encarecimiento, que en este santo tiempo de Cuaresma en que Nuestro Señor Jesucristo está propicio a derramar a raudales los beneficios de su Redención, prediquéis, exhortéis y amonestéis *opportune et importune* a las almas encomendadas a vuestro cuidado. No basta que el fuego del amor divino arda en vuestros corazones; es menester que le déis salida para que sus sagradas llamas incendien y abrasen a todos los que os rodean.

Pensad con el Apóstol San Pablo, que si empleais

vuestras fuerzas y energías, si gastáis vuestra salud y vuestra vida toda en propagar y extender el reino de Dios, en ganarle corazones, no haceis con esto una obra de supererogación; cumplís una deuda, satisfacéis una obligación ineludible: *por predicar el Evangelio no tengo gloria, pues estoy por necesidad obligado a ello y desventurado de mí, si no lo predicare.* Enorme y espantosa responsabilidad sería la vuestra, magna injusticia con vuestros hermanos, infidelidad imperdonable para con la Iglesia, si teniendo en vuestras manos la espada de la divina palabra, la administración de los Sacramentos, todos los méritos de la sangre de Cristo, enterráseis tan preciosos tesoros; y siendo, como sois, la luz del mundo, ahogárais en las tinieblas la antorcha que debe iluminarlos, y siendo sal de la tierra, dejárais que la inocencia se corrompa y las almas se condenen. Es, pues, indispensable luchar con las armas de una invicta fortaleza hasta el último aliento y oponerse como dique poderoso a ese torrente devastador que arrastra, en su inmunda corriente, la fe, las buenas costumbres y hasta las últimas ruinas del orden social. «Cuando la causa de Dios peligrá—dice el inmortal San Basilio—entonces, teniendo en nada todo lo demás, hemos de atender y mirar sólo aquello».

Muy señaladamente encomendamos a vuestra solitud la preservación de la niñez, objeto de los particu-

lares cuidados y caricias de Jesús y de su Iglesia. Todos los esfuerzos y maquinaciones de la impiedad moderna persiguen, como blanco principal, «apoderarse del alma de los niños, cueste lo que cueste», porque los niños de hoy serán los hombres del mañana, por regla general, con las virtudes o vicios, con la bondad o malicia, con las ideas, sentimientos y convicciones, con la firmeza o debilidad de carácter que en sus primeros y más tiernos años haya sembrado el buen o mal sembrador en sus inocentes almas, abiertas, como las flores, a todas las influencias del exterior.

Habéis, pues, de defender, no perdonando sacrificio alguno, el alma de los niños contra todo lo que pueda empañarla o mancillarla y salir al frente de los errores o sugerencias malsanas, capaces de pervertir su inteligencia o corromper su corazón; y, sobre todo, debeis enseñar al niño y conducirlo por los caminos rectos y seguros que le lleven al último fin para que ha sido creado.

Ningún auxiliar más poderoso en esta labor que la «Congregación Parroquial de la Doctrina Cristiana», tan enriquecida de indulgencias y tan recomendada por los Papas, últimamente por nuestro Santísimo Padre Pío XI. Es verdad, que apenas queda una parroquia en nuestra muy amada Diócesis donde no haya sido erigida canónicamente; pero mientras en unas florece y rinde ópimos frutos, en no pocas languidece o yace

aletargada. Nuestros más vivos anhelos son, que le deis nuevos y fuertes impulsos para que sea en vuestros manos lo que debe ser: instrumento efficacísimo de acción católica parroquial, y de no poco os ha de servir para conservar en vuestras feligresías el fruto de la santa Misión próxima a celebrarse.

Nuestra ilusión era enviar a todas las parroquias de la Diócesis Misioneros que avivaran el rescoldo de las reservas cristianas de todos los pueblos, aun los más reducidos, y sacudieran la fibra de todos los corazones creyentes. Abrigábamos la consoladora esperanza de que nadie se quedase sin participar de los inmensos beneficios que una Misión reporta a las almas y a los pueblos. Pero, al querer realizar nuestros ardientes deseos, nos encontramos con que apenas podemos disponer de otros Religiosos Misioneros que los residentes en nuestra Diócesis, porque los demás Reverendísimos Prelados, en su deseo de secundar fielmente las normas del Papa, se han apresurado a retener, con justo derecho a los Religiosos, enclavados en su jurisdicción.

No obstante, esperamos que han de ser contadas las parroquias a las que no pueda llegar la voz de los enviados de Dios, y, aun en estas, abrigamos la confianza de que nuestros amadísimos cooperadores han de hallar, en su celo apóstólico, manera de que por ellas cruce también esa corriente de luz, aliento,

calor y vida sobrenatural. Y así no se quedarán privadas de la gracia de la Misión, que es un medio extraordinario de recaudación cristiana, favor señalado del Cielo, despertador poderoso del espíritu al golpe de la gracia, obra de purificación, de crecimiento espiritual, movimiento redentor que eleva el nivel moral de las almas, bendición de Dios a una Diócesis, a una parroquia, a un pueblo.

Os exhortamos, pues, amadísimos hijos a que acojáis con entusiasmo y fervor esta Misión que os anunciamos como un don providencial. ¡Quién sabe si será el último plazo que la bondad divina os concede! No desoigais la voz del cielo que os llama por este medio eficaz de salvación. Haga el cielo que todos los fieles acudan con espíritu de fe, atención y recogimiento a los actos misionales de sus respectivas parroquias; los que sean piadosos para crecer en la virtud, los tibios para sacudir la pereza; los pecadores y olvidados de Jesucristo; único *camino, verdad y vida*, para que salgan de ese tristísimo estado y se conviertan a Dios que los espera con los brazos abiertos; los pobres y los que sufren porque no han de ser tan desventurados que vivan sin felicidad en la tierra ni esperanza en el cielo; los ancianos porque acaso pueda ser esta Misión la preparación para la muerte; los jóvenes porque si no templan sus armas en este fuego y no se revisten de la fortaleza cristiana, peligra su virtud ante los ata-

ques que les aguardan y los enemigos que les acechan; los padres y madres de familia porque sus hijos tienen derecho a verles ocupando el puesto que, por su carácter de cristianos, les corresponde.

Orad todos, sacerdotes y almas piadosas, orad desde hoy hasta que concluya el periodo misional, por el éxito de esta reconquista espiritual, de esta gran empresa de Dios y de las almas. *El es quien da incremento y fruto a la semilla que el sembrador esparce.*

Como el Precursor os podemos decir con toda verdad: *el reino de Dios se acerca*; por medio de las gracias jubilares Jesús vuelve sin haber perdido nada de aquel su maravilloso poder de dar luz a los ciegos, oído a los sordos, vida a los muertos, evangelio y verdad a los pobres. Que todos los enfermos del alma, débiles de espíritu, paralíticos de la virtud, muertos a la gracia se apresten a recibir la salud de manos del divino Taumaturgo.

Quiera Dios y la Santísima Virgen María, bajo cuya maternal protección ponemos esta Santa Cruzada, que las Misiones que han de celebrarse antes de que termine el Jubileo del Año Santo de la Redención, sean días de satisfacción plena, piedra miliaria que señale un reflorecimiento de vida cristiana, fecha memorable en los anales de la Diócesis de Córdoba.

Así, desde el fondo de su alma, lo pide al Señor

vuestro Obispo, que os bendice en el nombre del
† Padre y del † Hijo y del † Espíritu Santo.

Córdoba—Domínica de Quincuagésima—1935.

† **Adolfo**, OBISPO DE CÓRDOBA.



(Léase a los fieles esta nuestra Carta Pastoral).

Disposiciones para la Santa Cuaresma y Cumplimiento pascual

Con el fin de proveer mejor al bien espiritual de los fieles, Nos ha parecido muy oportuno recordar a los Rvdos. Sres. Curas Párrocos, Ecónomos y Encargados de Parroquia, las siguientes disposiciones, prometiéndonos de antemano su más exacto cumplimiento:

1.^a En virtud de privilegio que Clemente VII concedió a España, confirmado por S. S. el Papa Pío XI en 18 de Noviembre de 1925 y de las facultades que nos concede el cánón 859, § 2.º, el plazo hábil para el Cumplimiento pascual en nuestra amada Diócesis comienza el Miércoles de Ceniza y termina el Domingo, fiesta de la Santísima Trinidad.

2.^a Durante este plazo, el nuevo Código, cánón 899, § 3, concede a los Párrocos y a los que hacen sus veces, facultades para absolver de los pecados reservados al Ordinario, y Nos la concedemos también a todos los demás sacerdotes que estén habilitados para oír confesiones en nuestra Diócesis.

3.^a Con toda diligencia se pondrán en los padrones parroquiales, debidamente formados de antemano, la anotación correspondiente de todos los feligreses que cumplan con la Iglesia, y, durante las dos semanas siguientes al Domingo de la Santísima Trinidad, se enviará a nuestra Secretaría de Cámara un estado exacto de los que hubiesen cumplido con tan santo y apremiante precepto.

4.^a Para facilitar el cumplimiento de lo que se ordena en la disposición precedente, entréguese a cada uno de los que comulguen la correspondiente cédula, advirtiéndoles que la conserven y que, consignados en ella su nombre, apellidos y domicilio, la lleven después a su respectivo Párroco.

5.^a Como quiera que muchos fieles, en vez de cumplir con el precepto pascual en su propia Parroquia, lo que sería muy laudable, cumplen en las iglesias de religiosos, es nuestro deseo que en ellas se les provea, al comulgar, de la indicada cédula de cumplimiento, a fin de que puedan acreditarlo después ante sus respectivos Párrocos.

6.^a Dentro del plazo hábil para el Cumplimiento pascual y en la ocasión más propicia, en todas las Parroquias se leerá y se explicará a los fieles el decreto *Quam singulari* de Su Santidad Pío X, sobre la edad en que los niños tienen obligación de comulgar, el cual decreto, traducido al castellano, se encuentra en el BOLETIN ECLESIASTICO del año 1910, página 449.

7.^a Esfuércense nuestros amadísimos cooperadores en deshacer ciertas dudas y preocupaciones funestísimas, para que todos los niños, al llegar al uso de razón, es decir, a los siete años aproximadamente, se acerquen a recibir el Pan de los Angeles, después de haberlos preparado bien con instrucciones catequísticas y ejercicios espirituales

apropiados, desplegando en las fiestas de primera comunión la mayor solemnidad posible y desterrando de ellas las galas, adornos y prácticas profanas que absorben la atención del niño con lamentable daño de su espíritu.

8.^a Todos los días de Cuaresma y en todas las Parroquias, a la hora más conveniente, según la índole de cada feligresía, se tendrán los tradicionales y provechosos Ejercicios Cuaresmales, tan arraigados en esta Diócesis, en los que, además de apacentarse a los fieles con la predicación substancial, breve y sencilla de la divina palabra y con la explicación clara, precisa y amena del Catecismo, se recitará el santo Rosario y se practicará algún piadoso ejercicio, como meditación, Via-Crucis, examen para confesión, etc., y respecto a las «Haciendas y Cortijos», encarecemos con el mayor interés se cumpla, especialmente durante la Santa Cuaresma, lo que se manda en el cánón 94 del novísimo Concilio Provincial Hispalense.

9.^a Recomienden también nuestros celosos y amados cooperadores al pueblo fiel el deber de pasar santamente la Cuaresma absteiniéndose en ella de diversiones y recreaciones, aun de las lícitas; la necesidad de mortificarse y hacer penitencia exterior e interior y especialmente la obligación grave de cumplir la santa ley del ayuno y de la abstinencia, tan mitigada hoy por la benignidad de nuestro Santísimo Padre Benedicto XV, y exhorten a los fieles a que se provean de la Santa Bula de Cruzada, mina riquísima de indulgencias y gracias espirituales.

10.^a Prohibimos terminantemente a los Rvdos. Párrocos, Ecónomos y demás encargados en la cura de almas, así como a los Coadjuutores, que bajo ningún pretexto se ausenten de sus respectivas residencias durante el santo tiempo cuaresmal, a no ser por causa grave y de toda urgencia, y esto con las formalidades prevenidas en varias circulares.

11.^a En cumplimiento de lo que se ordena en el *Motu proprio* «*Sacrorum Antistitum*», todavía en vigor, según decreto de la S. C. del Santo Oficio de 22 de Marzo de 1918, todos los predicadores cuaresmales, así del clero secular como del regular, que hayan de desempeñar tan sagrado ministerio en nuestra Diócesis en la próxima Cuaresma, prestarán el juramento contra los errores del Modernismo, bien ante nuestro Vicario General, bien ante el señor Cura de la parroquia en la que hayan de predicar la divina palabra.

12.^a Por último, para fomentar la piedad de los fieles concedemos cincuenta días de indulgencia a cuantos asistan a cualquier acto de los Ejercicios Cuaresmales, y mandamos a los Rvdos. Párrocos, Ecónomos y Encargados de Parroquia, den a conocer a sus feligreses estas disposiciones en la parte que a ellos les corresponda saber.

Córdoba, 2 de Marzo de 1935.

† **El Obispo.**